

el segundo en *El Renacimiento*, y se le ha rendido homenaje en la tribuna, por muchos oradores, en las grandes solemnidades de la moderna civilizacion: en la reparticion de premios á los alumnos de las escuelas.

ALDAMA, Ignacio.

El Lic. D. Ignacio Aldama, uno de los caudillos y mártires de la libertad mexicana, nació en San Miguel el Grande (Guanajuato).

Abrazó la carrera de la abogacía y se recibió en México; pero como dicha profesion era poco productiva en las poblaciones del interior del país, se dedicó al comercio, en el que, fomentado por los españoles D. Juan de Issasi y D. José Landeta, del mismo San Miguel, logró con su honradez y laboriosidad, formar un capital de 40,000 pesos. No asistió personalmente al Grito de Dolores dado el 16 de Setiembre de 1810; pero habiendo entrado al dia siguiente los insurreccionados á San Miguel el Grande, se unió á ellos y fué nombrado Presidente de su Ayuntamiento, por cuyo motivo el Colegio de Abogados, que al principio de la revolucion publicó una alocucion en contra de ella, le hizo borrar de la lista de sus individuos. No se sabe si permaneció en San Miguel hasta la aproximacion á dicha villa del conde de la Cadena, ó si se halló en las jornadas de Guanajuato y Monte de las Cruces: lo primero nos parece más verosímil; pues segun vemos en la Historia del Sr. Alaman, se incorporó al ejército de Hidalgo con su familia, la de su hermano D. Juan y alguna gente que venia de San Miguel, cuando se hallaba en las inmediaciones del pueblo de San Gerónimo Aculco, casi á la vista de las tropas de Calleja: sus intenciones eran tan rectas como las de su dicho hermano. Nada se sabe del porte que tuviera el Lic. Aldama en esa accion ni en la de Guanajuato y Puente de Cal-

deron, si concurrió á ellas; pero el Gobierno español dió tal importancia á su persona, que fué uno de los exceptuados con los otros caudillos de la revolucion, del indulto concedido á los que abandonasen las filas de las tropas independientes, y su cabeza fué puesta á talla lo mismo que la de su hermano D. Juan Jimenez, Allende y el Cura Hidalgo.

Habiendo tomado Allende la resolucion de marchar hácia el Norte, se dispuso le precediera el Lic. Aldama, que tenia el grado de Mariscal de Campo, á quien se nombró embajador cerca del Gobierno de los Estados Unidos, ya fuese para proporcionar los auxilios de armamento y hombres que se trataba de solicitar, ó sólo para asegurar una favorable acogida, remitiendo con él una suma considerable en barras de plata y numerario.

Habiendo llegado á Béjar, acompañado, en calidad de secretario, del padre franciscano Salazar, encontró mal dispuestos los ánimos de los vecinos de esa ciudad, que estaban sumamente disgustados con el gobierno del capitán Casas que habia hecho allí la revolucion; y cabalmente en aquellos momentos habia llegado á dicha poblacion el subdiácono D. José Manuel Zambrano, hombre de espíritu emprendedor, que por su vida traviesa y aventurera habia dado no poco que hacer á sus prelados y al Gobernador Salcedo. Zambrano, conociendo que no seria fácil ejecutar de pronto una contrarevolucion, para reponer las cosas en su anterior estado, tomó con sus confidentes el partido de aparentar que sus designios sólo se dirigian contra el despotismo de Casas y contra los desórdenes de su gobierno; y siendo fácil suscitar enemigos al que manda, consiguieron por este medio atraerse muchos acérrimos partidarios de la misma insurreccion.

El ejemplo que Hidalgo habia dado persuadiendo al pueblo de que los españoles trataban de entregar el reino á los franceses, encontró luego imitadores, y el padre Zambrano se valió del mismo ardid para hacer sospechoso al Lic. Aldama, haciéndole pasar por emisario de Napoleon, porque usando las divisas adoptadas por los insurgentes, llevaba, como Mariscal de Campo, un cordón sobre el hombro izquierdo, segun se veia en los

oficiales franceses en las estampas de batallas que circulaban por todas partes; insinuando tambien con demasiada razon, que los auxiliares que iba á buscar Aldama al Norte, no harian otra cosa más que aprovechar la coyuntura para realizar sus miras, ya desde entónces bien manifiestas, de apoderarse de aquella provincia. Hecha, en fin, la contrarevolucion el 1º de Marzo de 1811, el padre Zambrano arrestó al Lic. Aldama y á su comitiva, remitiéndole á Monclova, donde fué fusilado el 20 de Junio del mismo año.

ALDANA, Ramon.

No seria aventurado afirmar, que entre los poetas yucatecos, á partir desde el ilustre Quintana Roo, no ha habido uno, y cuenta que no han sido pocos, que reuna mayor suma de cualidades excelentes, que el que va á ser objeto hoy de nuestro estudio. Sin la robusta inspiracion de Alpuche, sin la fantástica imaginacion de Pérez, sin la facilidad y la armonía de Peon Contreras, sin la ternura de Ovidio Zorrilla, Aldana, por sus hermosas imágenes, por sus bellas descripciones, por la viveza de muchos de sus cuadros, y sobre todo, por la pulcritud de la forma de sus poesías, es el que más se ha aproximado, si es que no lo alcanzó, al clasicismo. Dotes poseía que le colocaban en altísimo lugar en el parnaso mexicano, y si en vez de una biografía escribiéramos razonado juicio crítico, sin esfuerzo lograríamos comprobar nuestras afirmaciones. Acaso en no lejano dia emprenderemos tarea de suyo tan grata, pues con ella rendiremos un nuevo tributo al verdadero mérito.

Nació D. Ramon Aldana en la ciudad de Mérida el dia 30 de Junio de 1832. Hizo sus estudios de filosofía y jurisprudencia, en el Seminario Conciliar de San Ildelfonso de la ciudad de su nacimiento, y en la misma se recibió de abogado.

Muy jóven todavía, se distinguió Aldana como miembro fundador de una asociacion literaria, cuyos trabajos no fueron estériles para el progreso de las letras en Yucatan, y esto en una época en que el Estado acababa de sufrir la violenta conmocion producida por el alzamiento en armas de la clase indígena, alzamiento que dió lugar á espantosas escenas (1847-1848), y que destruyó las principales fuentes de la riqueza pública.

En 1857 comenzó Aldana su carrera política, habiendo sido electo diputado al Congreso de la Union, cargo que entónces significaba una honra, y no habia degenerado en lo que al presente se ve. Sucesivamente desempeñó la magistratura y la fiscalía del Tribunal Superior de Justicia, el juzgado de primera instancia civil y criminal, la representacion del Ministerio Público y una diputacion al Congreso del Estado. En el de Veracruz desempeñó igualmente una magistratura, y fué muy estimado por su rectitud, por su ilustracion y por la bondad de su carácter.

La integridad de Aldana le conquistó el aprecio de sus mismos enemigos políticos. Bajó al sepulcro legando por sola herencia á su hijo, un nombre digno de respeto. De su inmaculada honradez nadie podrá murmurar. Otros en los puestos que él ocupó han hecho una fortuna; otros, cuya mediana inteligencia les señalaba como inferiores á Aldana, han alcanzado lo que él, por digno y por leal, no llegó á conseguir.

Como escritor, Aldana redactó varios periódicos políticos y literarios, como *La Prensa*, *El País*, *El Pensamiento* y *La Revista de Mérida*, de que fué fundador. Colaboró en *La Guirnalda*, *El Álbum Yucateco*, *La Biblioteca de las Señoritas*, *El Federalista* y otros. Varias de sus poesías y su retrato, figuran en el libro que con el título de "Poetas yucatecos y tabasqueños" publicaron en Mérida (1861) los Sres. D. Manuel Sanchez Mármol y D. Alonso de Regil y Peon.

Cuatro dramas dió á la escena Aldana: "Honor y felicidad," "Nobleza de corazon," "Una prenda de venganza," y "La cabeza y el Corazon," siendo todos objeto de entusiastas y justísimos aplausos, pues á no dudarlo, Aldana poseía cualidades verdade-

ramente apreciables para el teatro. Aldana, como dramaturgo, habria alcanzado espléndidos triunfos, si la suerte le hubiese permitido buscar nuevos horizontes, espacio menos limitado que el que le ofrecia la sociedad yucateca, en la que, si bien es cierto que se sabe honrar al verdadero mérito, no hay en cambio otros elementos de esos que estimulan al autor y le hacen acometer nuevas y más arriesgadas empresas, para continuar alcanzando mejores y más duraderos triunfos.

Mientras la carrera de las letras no proporcione siquiera una mediana retribucion en vez de distraer de ocupaciones en cuyo producto está cifrada la existencia del hombre, no habrá entre los literatos mexicanos sino muy pocos que dejen de sofocar los impulsos de su corazon y de su inteligencia, para entregarse á labores ménos gratas pero sí más positivas.

Como escritor prosista, Aldana era castizo y se manifestó siempre poeta: pero sin esa vana palabrería con que frecuentemente confunden la poesía muchos escritores y oradores que tenemos en México. Era galana su prosa, y no empalagaba; revelaba estudio y no era conceptuosa. En las luchas del periodismo político, Aldana, á pesar de la energía de su carácter, de la firmeza de sus convicciones, aun siendo víctima de los furiosos de partido, se mantuvo siempre á una altura conveniente: nunca se degradó prodigando dicterios. Razonaba con una calma que ciertamente no abrigaba, pero que debia á su propio respeto y al de la sociedad para la cual escribia. En este respecto encontramos grandes puntos de contacto entre Aldana y el Sr. Vigil, distinguido literato jalisciense.

Pero en lo que más se distinguió Aldana, fué en la poesía lírica que cultivó con éxito brillante, logrando, en nuestro humilde juicio, colocarse entre los primeros poetas mexicanos. Hay en sus odas entonacion robusta y valiente, estrofas perfectamente redondeadas, versos sonoros y dulces al mismo tiempo, verdad en el pensamiento, belleza en la forma, rarísimas incorrecciones. Los compiladores de la obra intitulada "Poetas yucatecos y tabasqueños," que ya citamos, dicen así refiriéndose á Aldana: "Su estilo es sencillo y armonioso al par que preciso y

correcto, dejándose ver en él sus tendencias á la escuela clásica. Su imaginacion es rica, pero permaneciendo sujeta siempre á la razon y al buen gusto, jamás se desborda: en sus composiciones no se encuentran los sublimes conceptos que arrebatan, pero tampoco los inexplicables lirismos que casi siempre los acompañan. No remontándose á alturas en que no puede sostenerse, la fatiga no le hace perder las fuerzas. Concibe con facilidad, y al dar forma á sus concepciones, lo hace con natural sencillez y sin recurrir, sino raras veces, á licencias, que siempre indican mayor ó menor pobreza de estilo en el que las emplea. De sus composiciones poéticas, la intitulada "Sebastopol" nos parece de un mérito indisputable. Hay tal animacion en el cuadro que describe, que al leerla nos parece presenciar una sangrienta escena de desolacion y de muerte, y su entonacion es tan robusta, que parece querer dominar el estampido del cañon que hace escuchar á lo lejos."

Este juicio, pronunciado en 1861, no sólo no tiene que modificarse hoy, sino por el contrario, robustecerse después de la lectura de odas tan hermosas como "La Tempestad," de silvas tan bellas como "El Celajé," de sonetos tan acabados como el que se intitula "Sedan," producciones posteriores á la publicacion del libro en que así se hablaba de Aldana, cuya inspiracion se robusteció y cuyos conocimientos se ensancharon más y más.

Merecen citarse entre las poesías de Aldana, además de las ya nombradas, "La Flor del Valle," rica por sus dulces pensamientos y preciosas descripciones, y sus acabados sonetos "Cristóbal Colon" y "Napoleon." Aldana en Mérida y Blengio en Campeche, han escrito sonetos que pueden figurar con éxito al lado de los de Luis Gonzaga Ortiz, Roa Bárcena y otros poetas mexicanos á quienes se deben verdaderas joyas literarias.

Aldana fué socio de la Academia de Ciencias y Literatura de Mérida, del Liceo Hidalgo, del de Mérida, de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, y de alguna otra corporacion que no recordamos.

Cuestiones políticas privaron á Yucatan de los importantes servicios de Aldana en los últimos años de la vida de este dis-

tinguido poeta y literato. Veracruz, apreciador constante de la inteligencia, utilizó la de Aldana, colocándole en el primer tribunal del Estado. Por desgracia, la enfermedad que de años atrás minaba su existencia, se exacerbó en Orizaba. Vino entonces á la capital de la República, y aunque el sabio Dr. Montes de Oca hizo poderosos esfuerzos por salvarle, falleció al fin el día 16 de Agosto de 1882.

Cuando las poesías de Aldana, reunidas en un tomo, vean la luz pública y puedan ser estudiadas por nuestros hombres de letras, se hará cumplida justicia al poeta yucateco á quien perjudicó la modestia de su carácter. Otros, sin valer lo que Aldana, son reputados como él no llegó á serlo en México.

ALPUCHE, Wenceslao.

Poeta de robusta entonacion, al que no puede censurarse, como á tantos otros, el haber olvidado, por asuntos de poco momento, á la patria y á sus héroes; poeta que á pesar de no haberse formado en las aulas y á pesar de haber florecido en una época en la que no era el cultivo de las bellas letras tan comun como al presente, D. Wenceslao Alpuche merece ocupar un lugar distinguido en nuestros fastos literarios.

Nació en el pueblo de Tihosuco (Yucatan) el 28 de Setiembre de 1804, hijo de D. Miguel Alpuche y de D^a Francisca Gorosica.

Era aún muy niño cuando tuvo la desgracia de que su padre muriese. Habiendo vuelto á casarse la viuda, fué enviado por su padrastro á la capital del Estado para que en ella diese comienzo á sus estudios. Desde el primer día reveló notable inteligencia y asidua aplicacion, de tal suerte, que á poco estuvo en disposicion de pasar al Seminario de San Ildefonso á cursar latinidad. Con gran rapidez recorrió las clases menores, y emprendió el estudio de la filosofía, probando una vez más sus bri-

llantes disposiciones y alcanzando los primeros puestos. En seguida aprendió las matemáticas bajo la direccion de D. José Martin y Espinosa.

Si la naturaleza se habia manifestado pródiga de bienes intelectuales en Alpuche, no así, ingrata, la fortuna, que le habia negado los medios que para buscar más amplio teatro necesitaba. Tenia que resentir forzosamente el atraso en que yacian las letras nacionales, y mucho más en las provincias ó departamentos lejanos y pobres, como aquel que se honra contando á un Quintana Roo, á un Zavala, á un Sierra y á un Alpuche por hijos. No era entonces la bella literatura una asignacion en los estudios profesionales, ni las publicaciones que hoy abundan ofrecian sus páginas á la estudiosa juventud, ni buenos modelos habia para imitar, ni cómo ejercitar la emulacion. Falto de recursos, lamentaba no tenerlos para proporcionarse obras didácticas, y su imaginacion no encontraba por donde quiera, sino obstáculos, cuando anhelaba abrirse paso en medio de la noche tenebrosa que envolvía á las letras; y su ánimo, ya que no vencido, porque su temple de tal desgracia le ponía á salvo, estaba entristecido por no hallar más ancha esfera en que poder agitar las alas de una imaginacion que, cual águila presa, queria remontarse á los espacios infinitos, dirigiendo su vuelo majestuoso á las regiones de la ciencia y la inmortalidad, sin lograrlo.

Por este tiempo comenzó Alpuche á manifestar decidida aficion á la lectura de obras poéticas, y exaltada su imaginacion con el conocimiento de Calderon, de Lope y de Moreto, ardió en deseo de seguir las huellas de tan grandes ingenios.

Hizo un ensayo dramático, del que poco ó nada satisfecho quedó, á lo que entendemos, pues jamás volvió á cultivar aquel género. Alpuche estaba llamado á sobresalir como poeta lírico, y no fué, en verdad, pequeña dicha la de que el laureado Quintana fuese su autor predilecto, su modelo, puede decirse. Con hidrópica avidez leyó á Quintana, y con empeño plausible se propuso tenerle por maestro; de esta manera, Alpuche, el cantor de Hidalgo, no de otra forma que Heredia, el cisne del Niágara, se inspiró en las magníficas odas del inmortal maestro.

En las hermosas imágenes esparcidas aquí y allí en las obras del poeta yucateco; en la expresión y aún en el metro mismo, parece que descubrimos la dirección del inspirado Quintana. Pero Alpuche, en aquel humilde rincón de la península yucateca, no podía encontrar nuevos modelos, ni libros cuya lectura habría contribuido poderosamente al desarrollo de sus facultades intelectuales, y llamaba á las puertas de la gloria sin más títulos que su claro ingenio y su fé inquebrantable. La aparición de sus primeras poesías fué saludada con aplauso por sus compatriotas. Conocido su mérito, Alpuche fué electo diputado á la legislatura del Estado, y más tarde al Congreso de la Unión.

Una vez en la capital de la República, contrajo relaciones con Pesado, Prieto, Heredia y otros poetas y literatos distinguidos. En 1837 publicó el libro intitulado "El Año Nuevo," en cuyas páginas apareció una poesía de Alpuche, que fué acremente censurada por el Conde de la Cortina.

Terminadas sus tareas legislativas, regresó á Yucatan y de nuevo fué llamado á formar parte de la legislatura local. Entónces él, con noble desinterés renunció el sueldo que le correspondía; sirvió con ahinco, y al disolverse aquel cuerpo retiróse al Sur con el fin de consagrarse á la agricultura.

No es en la carrera política de Alpuche en la que debemos fijarnos, sino en sus poesías, para justificar la presencia de su nombre en este libro. En el que con el título de "Ensayo Biográfico y crítico de D. Wenceslao Alpuche" publicamos en 1873, es decir, ha once años, creemos haber dicho lo bastante para probar que nuestro ilustre compatriota es digno de inmortal renombre.

En ese libro no sólo analizamos sus producciones, sino que las insertamos íntegras, para que, el que lo deseara, pudiese demostrar que nos equivocamos al conceder á Alpuche un lugar tan eminente en nuestros anales literarios. Sería, pues, ocioso detenerse hoy á reproducir esas páginas, y por lo mismo, para no traspasar los límites que nos hemos impuesto, sólo citaremos lo que acerca del carácter eminentemente patriótico de las obras del poeta yucateco dijimos entónces.

"D. Wenceslao Alpuche,—decíamos—es acreedor al aprecio y al respeto de los mexicanos, no tan sólo por el claro ingenio y brillantes dotes que la naturaleza hubo de colocar en él, sino también, y acción tan meritoria demanda justo premio, porque supo y quiso emplear esas dotes en cantos hermosos á la libertad y á los héroes que nos la legaron.

"Patrióticas y sublimes son sus odas, llenas de entonación robusta y de varonil energía, respiran el fuego sagrado que animara á los nobles caudillos que hicieron independiente y libre á la patria de Cuauthemoc, cuyos manes imploraban tantos años hacía, inmortal venganza.

"De aquel género son, en su mayor parte, las obras de nuestro autor, título sobrado para que con justicia se le dé el nombre de poeta nacional, y con brillantísimos caracteres le pongamos entre los de esos á quienes las venideras generaciones guardarán consideración profunda y merecido respeto. Consérvense aún los nombres y escritos de muchos que desdeñando las naturales y espléndidas bellezas de esta privilegiada región, donde al Hacedor Supremo pluguiera colocar montañas auríferas, nevadas cimas que se elevan á los cielos, exuberante y magnífica vegetación, flores y frutos de variados climas y cuanto de hermoso y bello puede encantar la vista y despertar la inspiración, han cantado ora los bosques de sicómoros de la Palestina, ó los arenales del desierto áridos y tristes; ora han celebrado las hazañas de los soldados de la cruz ó los hechos de los hombres famosos, cuyos nombres á cada paso se leen en las páginas de las historias que á la mano de cualquiera pueden venir, dejando vírgen, inculto, el campo extenso y delicioso de las nacionales leyendas, con sus indios de vistosos trajes de pedrería y plumas, el martirio de los nobles aztecas por la orgullosa raza conquistadora; ó bien, sin remontarse á tan lejanos tiempos, el noble esfuerzo de los ínclitos varones que, sin temor á las cadenas ni aun al cadalso mismo, lucharon hasta arrojar por siempre del poder á los dominadores de la patria de Moctezuma. Así, mientras no ha faltado quien á tal distancia, al contemplar los melancólicos rayos de la luna, hubiese evocado los recuer-

dos de Memphis y de Palmira, la destrucción de Babilonia, no han ido los que tal han hecho, á sentarse sobre los desruídos muros de Uxmal y del Palenque, de Mitla y de Chichen Itzá, á demandar á las sombras que pueblan esas estancias, la incógnita historia de su perdición y de su muerte. Si la actual generación comienza, con laudable celo, á revivir nuestras pasadas glorias, de tal no pueden envanecerse los que, ya no con abandono sino con visible desprecio, habían mirado los tesoros que con mano verdaderamente pródiga, derramó el Creador en este privilegiado suelo.

Cábele, pues, á Alpuche, la merecida palma que la gratitud del nuestro debiera conceder á los que no han tenido otro amor más que el de la patria, ni otros cantos en sus labios más que para enaltecerla y bendecirla."

Entre las poesías de Alpuche, que forman un tomo publicado en Mérida en 1842, citaremos su magnífico poema "Hidalgo," sus odas "Grito de Dolores," La "Independencia," "La vuelta á la patria" y "La Fama." También merecen elogio: "El Suplicio de Morelos," "Eloisa" y "A una hermosa."

Alpuche falleció en la ciudad de Tekax el día 2 de Setiembre de 1841, y fué sepultado en la cima del cerro de San Diego. Allí, como en otra ocasión hemos dicho, la conciencia ilustrada del pueblo yucateco debía levantar un monumento al primero de sus poetas.

ALPUCHE É INFANTE, José María.

1780-1830. — Fil.

D. José María Alpuche é Infante nació en la ciudad de Campeche el día 9 de Octubre de 1780. Era todavía muy joven cuando sus padres le enviaron al Seminario Conciliar de Mérida, que era el más adelantado de la península yucateca; pero en él que sólo se brindaba á la juventud pobre con la carrera eclesiástica.

Alpuche é Infante en sus primeros años tuvo una constitución física bien débil; sin embargo, presentó lucidos exámenes de latín. Estudió filosofía en unión de D. Lorenzo de Zavala, D. Manuel Jimenez Solis, D. Andrés Quintana Roo y otros célebres yucatecos, discípulos de D. Pablo Moreno, el reformador filosófico de Yucatan, y al que se debe siempre reconocer como al principal agente de la libertad en ese país clásico de la independencia y de la reforma. Notable fué la carrera literaria de Alpuche; su talento, su erudición y su elocuencia brillaron desde las aulas; la energía de su carácter, la libertad de su pensamiento, su amor á la causa del pueblo, le hicieron odioso ante los dominadores, en el Estado y en la Iglesia. Así es que, en la última, cuya carrera abrazó, no llegó á obtener los puestos á que su basta ineligencia parecía llamarle. Pero en el primero estaba decretado que seria una figura verdaderamente grandiosa. Electo diputado á la representación nacional, cuando desempeñaba con celo evangélico el curato de Cunduacan (Tabasco) Alpuche fué en la tribuna parlamentaria uno de los oradores más notables que México ha tenido. Corto fué el tiempo que figuró en la escena política; pero no por eso dejó de conquistarse en ella un lugar distinguido, contrariando con el vigor de su carácter, con su elocuencia en la tribuna y en la prensa, las maquinaciones conservadoras, y habiendo sido uno de los principales fundadores y organizadores de las lógiyas Yorkinas. Alpuche cooperó á la elevación del general Guerrero á la presidencia de la República. Al triunfar Bustamante, vengose cruelmente de su adversario Alpuche, desterrándole á Nueva Orleans en compañía de Zerecero y demás agentes del partido yorkino. Regresó al país después de la caída de Bustamante, y en los acontecimientos que tuvieron lugar entónces, Alpuche tomó parte activa, y más aún cuando vió á Santa-Anna aliado al clero. Ocupaba á la sazón un asiento en el senado, y desde él fulminó los rayos de su indignación patriótica en contra del tráfuga. Mal podia éste dejar impunes aquellos rudos aunque justísimos ataques. Alpuche siguió á Zavala en los calabozos de Ulúa, después del golpe de Estado, sin que los horrores de aquella prisión fuesen bas-

tantes á amedrentarle. Por el contrario, burlando la vigilancia de los esbirros, logró publicar la última de sus Filípicas, anatematizando al tirano, profetizando la ruina y la desolacion de la patria, y excitando á conjurarla con la separacion de Santa-Anna del poder.

Cuando severa é imparcial la historia coloque á los hombres que han figurado en nuestras luchas civiles en el lugar que á cada uno corresponde, Alpuche é Infante, vindicado de las calumnias de sus enemigos y de los cargos del clero, ocupará un puesto glorioso.

Ni de ambicioso, ni de inconsecuente, ni de desleal, ni mucho ménos de crímen alguno contra la patria ó contra los hombres, podrá nadie acusarle, y sí podrá enaltecerle como liberal, como patriota, como orador elocuentísimo y como ciudadano lleno de todas las virtudes que pueden hacer amable al hombre republicano.

Los últimos años de su vida fueron bien tristes. Uno de sus biógrafos, D. M. Palomeque, los refiere así:

“Alpuche, postrado en el lecho del dolor, y reducido á la celda más humilde del convento de Santo Domingo, condenado á un aislamiento absoluto por la desgracia y la supersticion, sin más estímulo que el sentimiento íntimo de sus buenas acciones, estaba tambien orgulloso en presencia de Aquel que únicamente puede juzgar de las intenciones con el mismo acierto con que cuenta los latidos del corazon ó los estuvios imperceptibles del rayo. De Él nada temia, de Él todo lo esperaba, y sucumbia tranquilo á una exigencia natural que le preparaba á otra existencia mejor.”

Hay que notar, sin embargo, que Alpuche, por su educacion, por su naturaleza misma y por la participacion que tuvo en los negocios públicos, no pudo morir tranquilo completamente sin ver realizados sus hermosos sueños, y dejando á su patria hundida todavía en la noche de la opresion militar que él combatió con inquebrantable energía.

ALVAREZ, Diego de.

Uno de los escritores más fecundos que ha producido nuestro país, es sin duda D. Diego de Álvarez, que nació en Guadaluajara, probablemente en el segundo tercio del siglo pasado, pues segun uno de sus biógrafos, era ya anciano al morir en 1824.

Estudió en el Seminario de aquella ciudad, con tanto provecho, que á los diez y seis años de edad habia concluido los cursos de la filosofía y teología y los de ambos derechos. Vino á México y enseñó en el Seminario Conciliar Derecho Civil y Canónico, y fué nombrado cura de Santa Cruz Acatlan primero, y de San José despues, hasta su muerte. Era tal la fama de su sabiduría y virtud, que como consultor general del Arzobispado de los vireyes y corporaciones, puede decirse que á él tocaba resolver cuanto de árduo ocurría en la Iglesia ó el Estado.

Poseía memoria tan asombrosa, que cuanto leía ó escuchaba quedaba grabado en ella, y no habia ciencia, arte ni oficio de que no tuviese conocimiento. “Enemigo de la ociosidad—dice uno de sus biógrafos,—siempre estaba con la pluma en la mano, y escribió sin número de opúsculos muy doctos, sobre casi todas las ciencias, no sólo eclesiásticas sino profanas, como la medicina, matemáticas, química y física, sobre arquitectura, música, agricultura, gramática, urbanidad, oratoria, etc., etc., expresándose en todos esos diversos ramos de literatura con tal propiedad en los términos, que ninguno diría que eran obras de un hombre extraño á esas profesiones.” De la multitud de escritos de Álvarez, uno solo llegó á publicarse, y fué el intitulado *Práctica de la teología mística*. En cuanto á los demás, quedaron inéditos y forman veintitres abultados volúmenes que contienen las materias siguientes: “Didáctica médica. Sobre las virtudes del pulque. Discursos sobre la melancolía. Del conocimiento del alma por los ojos, De la conversacion humana. Del idioma de los ojos. Oracion sobre la admirable dignidad de la locucion.